de las cantatrices favoritas del Teatro de la Opera de Londres en la siguiente temporada.

La casa de la Avenida de la Opera quedó desocupada y Alain acompañó á su esposa á Nueva York.

CAPITULO XV

Con buen éxito

Varios meses pasaron Alain y su esposa en América, y en ese período nada digno de mención ocurrió en la vida de los Bourchier, que habían quedado en Inglaterra. La de Felipe Bourchier transcurría triste y monótona en la Casa Roja; era un inválido sin dolencia determinada, por quien los médicos nada podían hacer en tanto que el cloral siguiese anulando sus esfuerzos. Cuando renunciase á él, decían, tratarían ellos de curarlo; promesa que no les obligaba á mucho, pues demasiado sabían lo difícil que es renunciar á esa pasión, á ese vicio, una vez contraído y sobre todo tan arraigado como estaba ya en el señor de la Casa Roja. Además, Bourchier no hacía el menor esfuerzo por librarse de aquel enemigo de su salud y de su vida. Las dos únicas cosas que anhelaba en este mundo eran el sueño y el olvido, y ambas las hallaba en el cloral, aunque sabía muy bien á qué precio. Probablemente deseaba que la muerte lo reclamase antes de la hora fatal en que sus propios hijos lo mirasen con el horror que inspira un asesino. No le quedaba la menor duda de que esa hora llegaría, tarde ó temprano, y esta era la verdadera causa de su misteriosa dolencia; éste el enemigo implacable contra el cual no podía lugar. Muchas veces había estado casi resuelto á poner término á su existencia, ya de un pistoletazo, ya tomando tan fuerte dosis del narcótico que lo convirtiese en veneno y le proporcionase el sueño eterno. Sólo se lo impedía las fascinación que ejerce entre otros

peligros el más temido, el deseo de ver llegar por sí mismo aquella hora de la fatal revelación.

Aunque se arrepentía continuamente de su crimen, no tenía remordimientos en el sentido que de ordinario se da á esa palabra. El asesinato había sido un error, una locura, pero había estado á punto de proporcionarle un triunfo completo. Sin aquel misterioso testigo cuyo nombre ignoraba todavía, nadie hubiera poseído su secreto y éste habría sido para él carga muy ligera. Aun en las circunstancias presentes, su crimen favorecía á sus hijos en lo que á su felicidad material se refería; si bien asaltábale el temor de que el Alain llegase á saber todo la verdad, se negase á seguir gozando de una fortuna adquirida con sangre. Hacía tiempo que estaba convencido de la vil impostura de Daniel.

Transcurrieron muchos meses sin nuevas complicaciones ni disgustos para el señor Bourchier. Su yerno parecía haber suspendido por el meemnto sus demandas de dinero, acompañadas casi siempre de encubiertas amenazas. Pero aquel respiro no le hacía concebir falsas esperanzas, pues sabía que mientras él y Daniel viviesen, éste lo persiguiría sin piedad. Aquella calma le parecía más bien precursora de próxima tempestad.

La verdad de lo ocurrido era que Daniel Bourchier ganaba dinero por su cuenta desde hacía algún tiempo, y se estaba tratando á cuerpo de ray. Jugador desde la adolescencia, habíase visto obligado á arriesgar puestas pequeñas hasta que encontró á Bourchier, con quien jugó la partida mayor que había aventurado en su vida y por cierto que hasta la fecha parecía llevar él la mejor parte. Cuando Lucy se embarcó para América y mientras Daniel esperaba el momento de dar á Baurchier el último golpe, el estilo de vida tranquila que llevaba le hizo desear y buscar alguna distracción á su gusto. Tenía amigos ó conocidos de baja estofa y uno de ellos lo presentó en un llamado club particular, uno de esos garitos junto á los cuales

el juego público de Monte Carlo parece la distracción más inocente del mundo. Abundan en Londres los tales antros y en la mayoría de ellos el *baccarat* es el juego favorito. Las ocasiones de probar fortuna nunca faltan, porque el número de jugadores es grande y á los que podrían impedir el juego les tiene más cuenta hacer la vista gorda y embolsarse el subido precio de su tolerancia.

Esos clubs permanecen abiertos toda la noche y desde una hora dada se impone á los jugadores una contribución adicional por cada hora que transcurre; hasta los perdidosos pagan sin dificultad, con la esperanza de seguir jugando y recobrar lo perdido y el resultado es que los propietarios de esas casas hacen su agosto. Persona autorizada ha calculado que entre pérdidas, gastos y contribuciones extraordinarias, bastan unos tres años para que todo el capital de un socio de esos mal llamados clubs pase á poder de los que lo dirigen ó administran.

Un amigo del autor, que ha perdido una fortuna sobre el tapete verde y por consiguiente debe de saber lo que dice, asegura que el *baccarat* es el mejor y más seguro juego para ganar dinero, si el jugador aprende á detenerse ó retirarse á tiempo. Y como ese juego es tan deliciosamente fácil, suponemos que toda la ciencia de él estará precisamente en eso mismo, en saber retirarse á tiempo. Ciencia que Daniel parecía poseer intuitivamente, pues noche tras noche ganó cantidades de consideración. No llegaban sus ganancias á grandes sumas de una sentada, sino que se embolsaba cuarenta ó cincuenta libras esterlinas por noche, una ó dos veces cien libras y hubo un día de doscientas. Sus pérdidas fueron insignificantes, de suerte que en poco tiempo se vió envidiado de todas y considerado como el favorito de la vendada diosa.

Uno de los más asiduos concurrentes al club era un disipado corredor de bolsa, que jugaba fuerte y que algunos meses después no pudo cumplir sus compromisos. Una noche, ó mejor dicho una madrugada, el tal corredor y

Daniel salieron juntos del club y anduvieron buen espacio antes de encontrar un coche.

—¡Qué suerte la suya, Bourchier!—dijo con envidia el compañero de Daniel. A usted nunca le llega la mala hora.

—Sí, tengo bastante suerte,—dijo Daniel con el tono de quien atribuye sus ganancias más bien á sus propios meritos que á la casualidad, achaque muy común entre jugadores.

—Es extraño que no haya V. intentado hacer algo en la Bolsa mientras le dura tan buena fortuna. Con eso á la vez que me daba ocupación se podría V. ganar una bonita suma.

Daniel estaba muy dispuesto á ganarla, pero las operaciones sobre acciones y valores le infundían respeto; no sabía gran cosa de ellos y tenía la idea de que cuantos se metían en tales honduras, con pocas excepciones, salían con las manos en la cabeza.

—Permítame que venda por su cuenta algunos Orinocos; la baja es segura, lo sé bien.

—Lo pensaré, —dijo Daniel metiéndose en un coche.

Cumplió su promesa y lo pensó, con tanta mayor razón cuanto que el corredor volvió á darle igual consejo al siguiente día y se mostró más seguro todavía de la próxima baja anunciada. Daniel lo pensó, pues, y acabó por tomar una resolución que demostraba su sagacidad.

Siendo los Orinocos valores americanos, sabía que sus fluctuaciones las dirigían sus propios compatriotas, gente lista si la hay y muy amiga de embolsarse la mayor cantidad posible de dinero inglés. Si de él hubiese dependido el precio de los Orinocos, se decía, hubiera cuidado ante todo de hacer creer á los demás que la fluctuación esperada era diametralmente opuesta á aquella de la cual contaba aprovecharse. Tuvo el buen sentido de reirse de los datos é informes de su amigo, y tuvo también valor suficiente para reunir todo el dinero qne pudo y ponerlo por

vía de introducción ante un corredor cuya solvencia no le infundía el menor recelo, encargándole, no que vendiese sino que comprase cuantos Orinocos pudiese con aquella suma. El corredor le miró con curiosidad y por un momento Daniel sintió que le faltaba el valor.

—Nunca me permito dar consejos á mis clientes, dijo el corredor, pero sí deseo comprender claramente la orden de V. ¿Quiere V. que compre?

—Sí, contestó Daniel, retirándose cuanto antes por temor de cambiar de parecer.

Estaba casi arrepentido, pero se consoló pensando que no podía perder más que la cantidad arriesgada. El corredor cuidaría de no excederse, por la cuenta que le tenía.

Pero ¿quién hablaba de perder? Se efectuó la compra de las acciones, que fueron muchas y una semana después un gran hacendista, por no darle otro nombre, hizo lo que se llama un restitución, ó concesiones. Los Orinocos subieron como ensalmo, y el especulador, que había adquirido muchísimas acciones, se halló con la conciencia limpia y los bolsillos repletos. Una prueba más de que la honradez es la mejor política.

Poco le faltó á Daniel para perder la cabeza. Se quedó asombrado cuando le pagaron sus ganancias, pero mostró gran reserva ante su corredor, quien al entregarle su cantidad ganada menos el corretaje, lo felicitó por su previsión. Aquello convenció á Daniel de que era un especulador de primer orden. Le bastó un momento para comprender, en su opinión, todas las maniobras y el complicado mecanismo de la especulación. Cuanto al pobre Bourchier, bien podía dejarlo tranquilo. Veíase ya dueño de una fortuna colosal al cabo de seis meses y consideraba el episodio Bourchier como un medio que le había servido en su día para obtener un fin determinado, pero merecedor ya de todo su desdén, como cosa indigna de un hombre de su genio. Desde entonces pasó días enteros en la Bolsa consultando las cintas de los aparatos que anunciaban las

alzas y bajas en el precio de las acciones, fumando los mejores cigarros, consumiendo grandes cantidades de la bebida favorita de los especuladores, el champaña, y por algún tiempo se creyó el más hábil y sagaz de los mortales.

Durante una temporada fué también un gran cliente para el corredor, si bien éste, aun á riesgo de perder su clientela, cuidó de tener siempre en caja una cantidad en efectivo perteneciente á Daniel, que bastase para cubrir con exceso toda posible pérdida. Había conocido á muchos de esos especuladores atrevidos, cuyos efímeros triunfos no los libraban de la inevitable ruina.

Lo mismo sucedió con Daniel Bourchier. Pasado algún tiempo, cuantas operaciones intentó le salieron mal, y llegó el día en que el atento corredor liquidó por su cuenta y riesgo la última jugada de su cliente y le anunció que después de apropiarse el depósito hecho por Daniel resultaba todavía un pequeño déficit contra él, pero que no se molestase en cubrirlo pues lo cargaría á ganancias y pérdidas. Y á renglón seguido le indicó que si efectuase otro depósito de fondos, él tendría mucho gusto en continuar sus relaciones de negocios con él; de lo contrario no, pues el depósito era una regla invariable de su casa, sin excepción alguna.

Todo esto ocurrió con gran rapidez, pero no impidió que Daniel, en sus esfuerzos por recuperar lo perdido últimamente, perdiese también lo que le quedaba de sus ganancias y llegase hasta el extremo de obtener que sus banqueros, con quienes había hechos grandes transacciones durante su carrera de jugador de Bolsa, le descontasen un pagaré de mil libras esterlinas, aceptado por Felipe Tremaine Bourchier.

La falsificación de ese pagaré le preocupó muy poco; lo que le dolió fué la pérdida de su dinero. Su propósito había sido redimir aquél tan luego realizase una operación afortunada; y como ésta no se presentó, todo quedaba re-

ducido á que en lugar de ser él quien buscase el dinero tuviese que aprontarlo el señor Bourchier. Ni por un momento dudó que éste dispusiese de dicha cantidad, sobre todo después de tan largo intervalo en sus peticiones de dinero. Daniel era bastante hábil para comprender que como había llegado á pretenderlo. Resolvió, pues, sobre llevar su derrota con buen ánimo, procurarse las mil libras cuanto antes y retirar el pagaré, pues no se le ocultaba que si se llegase á despertar las sospechas del banco podría pasarlo muy mal; y aunque faltaban algunas semanas para el vencimiento, creyó lo mejor arreglar el asunto desde luego.

Era una suma mayor que cuantas hasta entonces había pedido y obtenido el señor Bourchier de una sola vez y por lo mismo creyó más acertado comenzar el ataque valiéndose de Josefina. Esperaba que ésta se negaría á complacerle, pero también estaba resuelto á hacerle pagar muy cara su negativa.

—Josefina, dijo, tienes que escribir á tu padre por el próximo correo.

—Le escribí ayer.

—No le hace; escríbele otra vez A él siempre le gusta tener noticias tuyas. Y dile que necesito mil libras; no, mil doscientas libras, para la semana que viene, sin falta.

—Me guardaré muy bien de hacer tal cosa, contestó la jove, levantándose para salir de la habitación.

El le interceptó el paso.

—Haz lo que te digo, ó será peor para tí y para todos.

—No. Déjame pasar.

—Si no le escribes iré yo mismo á pedirle ese dinero. Entiendo que no anda muy bien de salud y puede que mi visita lo trastorne algo. Pero tú tendrás la culpa.

Josefina se detuvo. La horrorizaba pensar que su marido fuese otra vez á la Casa Roja para arrancar dinero á su padre, después de todo lo que había hecho por él. Sabía

que la sola presencia de Daniel bastaba para poner á su padre fuera de sí.

—No sé por qué tu padre me odia de tal modo, y desde luego tengo perfecto derecho á todo el dinero que quiero y pido.

—Mejor será que no hablemos de tus derechos, le dijo ella con acento de desprecio.

—¿Enviarás la carta? gritó él furioso.

—Sí, para evitarle tu visita.

—Pues en seguida, ya lo sabes.

Hizo ella un ademán afirmativo y lo dejó. El primer correo para la Casa Roja llevó la siguiente carta:

«Querido papá: Mi marido dice que necesita 1.200 libras la semana próxima. Te escribo, no porque él me lo pide así, sino para impedir que vaya á molestarte en persona».

No era aquella precisamente la clase de carta que Daniel hubiera preferido, pero esto poco le importaba á Josefina. Desde hacía tiempo sabía que su marido era objeto del odio de su padre y á veces creía comprender que éste le temía; pero se achacaba toda la culpa, diciéndose que si su padre no abandonaba por completo á Daniel, debido era al matrimonio con su hija.

Los ojos de Bourchier brillaron de cólera al leer la carta de Josefina. Razón tenía de creer que el silencio de su yerno no significaba nada bueno. El final parecía ya muy cercano. ¡Mil doscientas libras la semana próxima! ¿Por qué no diez ó doce mil el próximo año? Tan fácil le era pedir una suma como otra, é igualmente difícil y peligroso rehusarle el pago de cualquiera de ellas. Lo mejor, se dijo, era negarse rotundamente desde luego y afrontar las iras de su yerno Sabemos que cuando cedió por primera vez á las exigencias de éste y lo presentó á su familia como primo legítimo, se proponía ya abandonarlo tan luego llegase el día en que su historia del asesinato pudiese quedar desacreditada y tratada por todos como una invención

maliciosa y absurda. Los sucesos posteriores le hicieron modificar aquel plan. El matrimonio con Josefina, el golpe magno de Daniel, había cambiado la faz de las cosas. Bourchier comprendía que su enemigo podía herirle en su hija, proporcionando á ésta una vida insoportable.

Como quiera, pensó lanzar á Daniel un reto definitivo. Que se presentase en la Casa Roja, que estallase en amenazas, pero lo esencial era no darle un céntimo. Se echó en cara el haber permanecido tanto tiempo esclavo de aquel hombre, cuando era evidente que un esfuerzo enérgico lo libraría de sus garras para siempre. Decíase que quizás le fuese posible convertirse en acusador y enviar á Daniel á presidio por su impostura. Una vez preparado para aquella lucha final se sintió con más ánimos y mejor de lo que lo había estado en mucho tiempo. Cuanto antes se presentase su yerno en la Casa Roja, mejor. Escribió, pues:

«Mi queridísima Josefina: La suma acostumbrada será sará satisfecha á tu nombre el día en que venza el próximo trimestre. Esto es más de lo que tu marido tiene derecho á esperar, y desde luego es todo lo que estoy dispuesto á hacer por él».

Josefina entregó la carta á su marido que la leyó, logró dominarse y al cabo de un momento se calmó en apariencia, por más que en su interior rugiese la ira.

—¿Es decir que papá se niega á hacer cosa alguna por su cariñoso yerno? dijo lentamente, marcando mucho las palabras. Papá es un viejo estúpido, Josefina.

Esta volvió la cabeza, pero nada dijo.

—Es más estúpido de lo que yo lo había creído.

Es un gaznápiro, querida mía.

Su esposa recogió su labor y se dirigió á la puerta. Aquel «querida mía» hubiera bastado para que ella lo dejase solo, sin contar con los insultos que estaba dirigiendo á su padre.

—No te vayas, mujercita mía; espera que yo complete mi opinión de tu papá. Es un...

La puerta se cerró tras ella, pero no tan pronto que no llegasen á sus oídos algunas desvergüenzas que lanzó Daniel, dirigidas probablemente á ella tanto como á su padre. Encaminóse á su cuarto y según su costumbre se encerró en él. Nunca había visto á su marido tan colérico; no sólo comprendía que bajo sus palabras se escondía la maldad más profunda, sino también que podía valerse de ella para conseguir sus fines. Sentíase muy atemorizada y arrojándose sobre su lecho prorrumpió en llanto. Su único consuelo era que la carta de su padre no manifestaba el menor temor á su yerno.

Lloró hasta quedarse adormecida, cuando oyó unos golpes dados con los nudillos en la puerta.

—Adios, Josefina, querida mía, decía una voz ronca y burlona. Voy á Barton. Allí dormiré esta noche y mañana á primera hora saldré para Casa Roja. ¿Tienes algún encargo que darme?

—No, dijo ella secamente.

—¿Ni siquiera que les diga lo bien que estás y cuán feliz eres? ¿No me dejarás entrar para decirte adiós, bonita mía? Mira que somos marido y mujer.

La joven dirigió una temerosa mirada á la puerta, preguntándose si trataría de abrirla por fuerza. Estaba asustadísima porque conocía que Daniel había bebido. En aquel momento comprendió su temeridad en vivir con él como había vivido hacía dos años. Hasta entonces nunca le había tenido miedo; lo despreciaba, lo odiaba quizás, mas no lo temía. Pero en aquellos instantes veía que él era un hombre vigoroso y ella una débil mujer, y tembló.

Sus temores eran infundados y respiró más tranquilamente al oir que se alejaban los pasos de su esposo. Pero éste volvió atrás y llamó á la puerta para atraer su atención.

—Josefina, amor mío, le oyó decir, ¿me oyes? Contesta, ó echo abajo la puerta.

—Te oigo, contestó ella, temerosa de las consecuencia si seguía guardando silencio.

—Voy á casa Roja, Josefina, á ponerle las peras á cuarto al viejo idiota de tu padre.

Entonces se marchó, pero ella no se atrevió á salir del cuarto hasta mucho después de haber oído y visto el coche en que se fué. Grande era su temor, pues aunque ignoraba lo que iba á suceder y la verdadera significación de la amenaza de Daniel, sabía que lo guiaba la resolución de causar á su padre todo el daño posible.

Como Daniel no podía llegar á Casa Roja hasta la mañana siguiente, Josefina telegrafió á su padre á fin de que la presencia de su marido no le cogiera de sorpresa. Pero pudo ahorrarse esa precaución, porque fuese que Daniel no quisiese sorprender á su suegro, ó fuese fanfarronería, telegrafió también, encargando además que se mandase un coche á esperarle á Braley. Bourchier, fiel á su nuevo plan de guerra, rasgó en pedazos el telegrama, sin hacer caso alguno de su contenido.

—El viejo memo está furioso de veras, dijo Daniel con amenazador acento, al bajar del tren en la estación de Braley y no hallar coche alguno esperándole.

Pero lo primero era llegar á Casa Roja. Fué á la posada de Braley y allí le proporcionaron un carruajillo vetusto tirado por un rocín de mala muerte. Con ayuda de ambos llegó por fin á lo que él solía llamar jovialmente la mansión de sus abuelos; pero el aspecto de su cochero, caballo y vehículo era tan risible, que vió ó le pareció ver una burlona expresión en la mujer que guardaba y le abrió la verja de entrada. Más poco importa la manera como el general arribe al campo de batalla, siempre que llegue á tiempo y con sus fuerzas en buen orden.

Era evidente que lo esperaban. Bautista, para quien Daniel había sido siempre objeto de antipatía, lo condujo

á presencia de su amo sin decir palabra. El señor Bourchier estaba escribiendo una carta y por algún tiempo ni siquiera levantó la vista del papel; otro indicio de la fiera lucha que se preparaba. Daniel no había hablado con él desde aquella entrevista celebrada poco después de su matrimonio, así fué que le miró con curiosidad procurando darse cuenta del tiempo que le restaba de vida. No quedó muy satisfecho de su examen, pues la excitación de la lucha ya próxima daba al señor Bourchier una falsa apariencia de salud y robustez. Parecía poder vivir todavía años y años y Daniel se dijo que él y no Alain sería el pagador.

—Hermoso día, señor Bourchier, dijo el Daniel, ansioso de comenzar el ataque.

—No estamos aquí para hablar del tiempo. Sírvase usted dejarme acabar esta carta.

La acabó y la puso á un lado, no queriendo manifestar prisa ni interés en presencia de su visitante. Daniel empezó á amenazar.

—Bien pudo usted haber enviado su carruaje á buscarme, en lugar de dejarme venir aquí como pudiese.

—Yo no le dije á usted que viniese. Su presencia me es soberanamente desagradable. ¿Por qué había de enviarle mi carruaje?

—¿Por qué? Demasiado lo sabe usted.

Hablaba groseramente y con tono brusco. Bourchier lo miró fijamente.

—Me parece, dijo, que sus maneras han sufrido un cambio tan radical como desfavorable, cosa que hubiera creído imposible. Me dicen que bebe usted de firme.

Daniel se puso pálido de ira. Su enemigo se burlaba de él.

—¡No he venido aquí á oir insultos!

—¿No, eh? Pues entonces ¿á qué ha venido usted?

—Antes le dije á usted lo que quería. Ya no es eso; ahora son dos mil libras. Y las tendré antes de partir.

—Muchos son los que quieren dinero y no lo consiguen, contestó Bourchier con gran calma.

—Pues lo que es yo lo conseguiré, y de usted; eso y más todavía.

—No lo creo. Siento que haya usted malgastado su tiempo en venir aquí con semejante pretensión. En mi carta le dije á usted todo lo que me proponía acordar. Y aun eso es sólo por ahora.

Al decir eso Bourchier clavó los ojos en Daniel, quien le devolvió su mirada. Ambos se comprendieron perfectamente.

—¡Hola! exclamó Daniel, hablando con gran lentitud. ¿Con que esas tenemos, eh?

—Ni más ni menos, contestó Bourchier.

Daniel apartó de él los ojos y pareció meditar unos instantes, mientras silbaba por lo bajo.

—Si tiene usted algo más que decir; dígalo; y si no, largo de aquí, continuó Bourchier.

—Tengo mucho que decir, no tema usted por ese lado. ¿Es decir que no suelta usted el dinero?

—Ni un céntimo.

—Y naturalmente espera usted que yo le haga todo el daño que pueda. ¿No es eso?

—Ni más ni menos, repitió Bourchier.

—Pero ¿sabe usted todo lo que yo puedo hacer?

—En cuanto se me alcanza, tratará usted de propalar una historia sin pies ni cabeza, que nadie creerá. El habérsela guardado para usted tanto tiempo le quita toda su fuerza, y los tres años de sus relaciones con mi familia no añadirán por cierto gran peso á sus asertos.

—¡Qué listo es usted!

—Para hacerme más daño todavía, se dirigirá usted á mis hijos, procurando hacerles creer que soy un asesino. No creo que la palabra de un impostor como usted valga gran cosa. Por lo que á usted se refiere, eso es todo lo que puede hacer.

—Oyéndolo á usted cualquier diría que es así, comentó Daniel, con un ademán de aprobación.

—Yo por mi parte, continuó el señor Bourchier, pediré desde luego una orden de prisión contra usted, por haber pretendido llamarse Daniel Bourchier y haber obtenido dinero de mí bajo ese nombre.

—Pero habría un proceso y saldrían á relucir muchas cosas.

—¿Qué cosas? ¿Cómo podría usted sacarlas á luz? Y aunque así fuese ¿de qué le serviría? Como usted no pruebe que es Daniel Bourchier, lo mandarán á Portland, sin remisión.

—Si lo que usted dice es lo que la ley dispone, repuso Daniel, lo mejor que puedo hacer es poner pies en polvorosa. Pero antes iré á casa y daré una tunda á Josefina; siempre será una satisfacción.

—¡Infame! exclamó Bourchier, saltando de su asiento,

—¡Ah! ya me figuraba yo que esa sería siempre la cuerda sensible. Pero vamos á ver; supongamos que abandono el campo bonitamente y los dejo á todos en paz; ¿qué me ofrece usted en cambio?

Al oir aquello; el corazón de Bourchier le saltó en el pecho. Era demasiada felicidad para ser cierta. Su primer impulso fué decirle que nada haría por él, pero en seguida pensó que no convenía impulsar al enemigo á la desesperación.

—Si firma usted un acta de separación de Josefina, me escribe usted una carta declaranda que no es el hombre que pretende ser y me entrega usted todos los documentos y certificaciones, yo le pagaré el pasaje á Australia y depositaré dos mil libras esterlinas en un banco de aquel país, para serle entregadas á usted á su llegada.

Daniel se rió con sorna, de una manera que crispó los nervios á Bourchier. Además, ¿qué derecho á reirse podía tener el enemigo vencido?

—¿Qué contesta usted? preguntó duramente, pero más que dispuesto á duplicar y aun triplicar la suma ofrecida.

—Repito que tengo mucho, pero mucho que decir. Entiendo que quiere usted mucho á sus hijos.

—¡Necio! exclamó Bourchier amargamente, sólo el amor que les profeso ha podido obligarme á cederle á usted en lo más mínimo.

—¡Bravo! Admiro ese cariño paternal Ahí está Alain, un guapo mozo, aunque me odia.

—Sabe que es usted un impostor.

—Concedido. También lo sabe usted. Desde luego, yo no soy Daniel Bourchier.

—Jamás he creído que lo fuese usted.

Tanta franqueza era alarmante.

—¡Oh, sí! Soy un impostor, señor Bourchier. Y usted es otro. Y otros muchos lo son también. Pero hablábamos de Alain. Me gusta ese joven y me propongo hacerle un buen servicio.

Bourchier ignoraba por completo á dónde quería ir á parar Daniel, más no por eso fué menor su alarma.

—Alain es feliz. Casado con la muchacha más encantadora del mundo, me dicen que adora el suelo que ella pisa. Está aún más enamorado de su mujer que yo de Josefina.

Su interlocutor creyó comprender el objeto de toda aquella charla. Daniel iba á servirse de Lucy para lograr sus fines y Bourchier se dijo que si algo existía realmente contra ella, era cuenta de Alain, quien se había casado por su voluntad y sabiendo perfectamente lo que hacía. Sin embargo, se propuso aceptar á beneficio de inventario todo lo que aquel sarcástico bribón pudiese decir contra ella.

—He conocido á la que es hoy mujer de Alain por muchos años, como conocí también á su padre, Juan Boucher.

—¿Su padre, Juan Boucher? repitió el anciano.

Empezaba á preguntarse si Daniel sería el demonio en forma humana, venido al mundo para castigarle.

—Sí, su padre, Juan Boucher, asesinado por usted. No diga usted ahora que no tengo buen corazón; como que podré decir á Alain que su matrimonio le asegura por completo la posesión de sus bienes.

El señor Bourchier se puso lívido y no pudo hablar.

—La pobre Lucy ha estado buscándome por espacio de cuatro años. Sabe que puedo enterarla de todo lo concerniente á la muerte de su padre y está ansiosa por conocer los pormenores. Hasta ahora he logrado permanecer fuera de su alcance, pero en cuanto vuelva de América tendré el gusto de reanudar nuestra amistad. ¡Y cuidado con el placer que van á causarle mis informes, sin contar con el agradecimiento de Alain hacia el hombre que quitó de en medio á Juan Boucher! ¡Vaya si serán después dichosos marido y mujer! Nunca conviene tener misterios en las familias.

Bourchier seguía repitiéndose que aquel malvado debía ser el demonio en carne y hueso. En un segundo, con la rapidez del rayo, vió ante sí el cuadro de la futura felicidad de Alain destruída para siempre, desde el momento en que Daniel viese á su esposa; y tembló al imaginarse á su hijo acusándole de haber aniquilado todo lo que podía hacerle agradable la vida.

—Ya le advertí á usted que me quedaban muchas cosas por decir, concluyó Daniel con burlona sonrisa. Me vuelvo á mi casa. Piénselo usted bien y envíeme el dinero pedido antes de que regrese Alain.

CAPITULO XVI

En demanda de explicacionnes

La Francini y su marido regresaron de América quince días después de la entrevista de Daniel con el señor Bour-